

Julio César Pinto Soria

Luis Cardoza y Aragón y Juan José Arévalo. La literatura y la política en Guatemala¹

Universidad de San Carlos de Guatemala

jcpinto@trespassers-w.com

La Editorial de la Universidad de San Carlos de Guatemala acaba de publicar el intercambio epistolar que sostuvieron entre 1954 y 1967 el poeta Luis Cardoza y Aragón y el ex presidente Juan José Arévalo. El epistolario se inicia con el derrocamiento del presidente Jacobo Árbenz Guzmán en 1954, y concluye en 1967, en medio del conflicto armado que ensangrienta a Guatemala en la segunda mitad del siglo. Las cartas, escritas al fragor de estos hechos, muestran los rasgos personales, afinidades y diferencias de dos hombres identificados con su país y su tiempo, como también las circunstancias políticas e ideológicas que poco a poco los separan.

Un hilo que atraviesa todas las cartas, interrumpido por momentos de optimismo, la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez en Venezuela en 1958, el triunfo de Fidel Castro en Cuba a finales del mismo año, lo que podía incidir en la lucha política interna, es la derrota del 54. Se señalan causas y responsables, incluyendo a los líderes de la Revolución de Octubre del 44, se tejen planes para reconquistar el poder, retomar el proyecto democrático. La correspondencia trata de asuntos políticos, aunque también emerge la intensa actividad intelectual de los signatarios, en cuyos años escriben algunas de sus principales obras.

Cardoza y Arévalo se conocen en París en 1927, pero es hasta en 1944, cuando retornan al país y Arévalo es elegido presidente, que se establece una amistad duradera. Ambos eran de

¹ Este texto ha sido publicado en el suplemento cultural “El Acordeón” de *el Periódico* de Guatemala el 24 de octubre de 2011. Agradecemos a Julio Pinto Soria permitir su reproducción en *Istmo*.

temperamentos fuertes, de tendencias políticas divergentes, pero los une el deseo de crear un mejor país, donde la cultura, las artes, debían ocupar un lugar especial. Arévalo y Árbenz, como no se volverá a ver en ningún gobierno, se rodearán de lo más granado de la intelectualidad guatemalteca.

Para Arévalo, un humanista devenido en político, escritores como Cardoza y Miguel Ángel Asturias eran imprescindibles. A éste último, autoexiliado en México, lo incorpora al servicio diplomático, lo recupera para la Revolución de Octubre. A Cardoza lo apoya con su *Revista Guatemala* y lo protege desde la presidencia. Cardoza enfrentó un ambiente hostil en su país, además del provincialismo –la gente, al escuchar el nombre de Lya Kostakowsky, su compañera, una rusa, se persignaba–, la cerrazón conservadora que veía con desconfianza sus actividades culturales, un poeta que desde el Congreso promovía el 1 de mayo como día festivo de los trabajadores, lo que todavía no le perdonan los empresarios guatemaltecos.

El traslado de Cardoza al servicio diplomático, donde con Asturias le daba mayores brillos al gobierno de Arévalo, no mejoró las cosas. En 1948, al retorno de la IX Conferencia de la OEA en Colombia, cuando se le señala de promotor intelectual del *Bogotazo*, el levantamiento popular que hunde en una sangrienta guerra civil a este país, Arévalo hasta temió por su vida. Todavía no era el tiempo de asesinar poetas. En su defecto, como se diría en jerga militar, la prensa amarillista lo descalificó y calumnió hasta la saciedad: “Un ruiseñor entre pingüinos.” Como se imaginó al poeta Pepe Batres Montúfar en la Guatemala del siglo XIX. Pero Cardoza era de otra madera. Y si Guatemala seguía siendo la de un siglo atrás, él, por lo menos, tenía un mundo más abierto. En 1952, hartos de tanta saña y provincialismo, del que no escapaban los sectores de izquierda, como le escribe a Arévalo, Cardoza hizo maletas y retornó a México.

La caída de Árbenz sorprende a Cardoza en ese país: “la mayor tragedia de nuestra historia desde la independencia”, le escribe a Arévalo. La Guatemala “irredenta”, que desde la Independencia hasta la dictadura de Ubico (1931-1944) había vivido más de ochenta años bajo “despotismo completo” –Clemente Marroquín Rojas hizo las cuentas–, había perdido la posibilidad del cambio, de ser diferente. Fue la gota de agua que colmó el vaso, que esta vez,

aunque siempre ausente, lo uniré más que nunca a la patria. El menor de los actos de Cardoza, recuerda Augusto Monterroso, estará en función de Guatemala. El motivo que podía distanciarlo de otros escritores, de políticos que le eran queridos, como el caso de Árbenz, a quien no le perdonará la intempestiva renuncia a la presidencia.

Una conducta moral

Cardoza era el escritor “comprometido” de la época, como Sartre o Pablo Neruda. Hasta Asturias, que cargaba con el estigma de la convivencia con la dictadura ubiquista, no sólo acuña su famosa frase de que el poeta era “una conducta moral ... o simple palabrerío”, sino escribe *La trilogía bananera*, literatura comprometida por excelencia. La diferencia con Cardoza es la entrega total a una causa política sin contaminar con ella la literatura, su poesía, el bien más alto del hombre, como escribió alguna vez. En las cartas aparece absorbido con los otros exiliados redactando manifiestos contra el gobierno de Ydígoras Fuentes (1958-1963), recurriendo a amigos mexicanos, como Alfonso Reyes, para lograr la residencia de Arévalo en México, quien desde ahí debía jugar un papel importante en la recuperación del poder. Al mismo tiempo, mantiene una nutrida correspondencia apoyando a la editora de la obra de Antonin Artaud, uno de sus amigos poetas de la estancia europea, y escribe varias de sus obras literarias, entre ellos el *Orozco*, que lo confirma como uno de los principales estudiosos del muralismo mexicano.

La política, liberar a su país del atraso y la dictadura, era para Cardoza vital como su literatura: “Mi vida discurre entre trabajo y más trabajo. Tengo muchas puertas abiertas. Pobre, con poco tiempo para cosas que puedo y debo hacer. Ese es mi problema: servir mi vocación para cumplir con mi pueblo.” La carta es del 12 de diciembre del 54, cuando le ponía los puntos finales a dos libros que publicará el año siguiente: *Guatemala las líneas de su mano* y *La revolución guatemalteca*. El uno cumpliendo un cometido literario, el otro, político, cada uno en su lugar, sin mezclarlos.

Arévalo, aunque no las compartiera, respetaba las posiciones políticas de Cardoza, sabía que era un hombre íntegro, uno de esos escritores cuya libertad intelectual nunca es bien vista por los gobernantes de turno, como le escribe en una ocasión. Cardoza defendió siempre celosamente su independencia partidista. Árbenz le pidió que fuera su encargado de las Relaciones Públicas de la Presidencia; pero, según José Manuel Fortuny, debía afiliarse a uno de los partidos que lo habían llevado a la presidencia. Cardoza se negó rotundamente, respondió “que jamás se afiliaría a un partido político”. Ese fue, parece, uno de los motivos del retorno a México en 1952.

Además de la situación política guatemalteca, a Cardoza y Arévalo los unen las inquietudes intelectuales. En el período que cubre la correspondencia ambos escriben algunas de sus mejores obras, sobre las que intercambian reflexiones, comentan autores. Arévalo, un lector de Quevedo, le consigue a Cardoza varios de los libros que utiliza en *Guatemala las líneas de su mano*. Arévalo se volvería un político relevante, sin desmedro del humanista, de la vocación literaria, como testimonia su amplia obra. Desde esta base se entendían y respetaban. El político llama al poeta “maestro”, quien sobre las diferencias políticas siempre resaltará su obra presidencial.

Es un rasgo característico de Cardoza. La derrota, las frustraciones, le agrian el humor; la fama de poeta pendenciero, que cimentaba el físico cara de lobo –cargaría con el mote– habrá crecido, pero no se vuelve un amargado. En Arévalo vio un líder, la bandera que podía permitirle a Guatemala retomar el camino perdido en el 54, a lo que le apostó por largos años. Cuando sus caminos se separan y se interrumpe la correspondencia, es Cardoza, aludiendo a una vieja amistad, quien la reinicia, no Arévalo, sabido que éste, después de la debacle de su candidatura presidencial del 63, nunca más sería el hombre que encabezaría los cambios que Guatemala tanto necesitaba. Mucho menos un potencial segundo Fidel Castro, como se le llegó a ver en Estados Unidos, cegados por los temores imperiales, el anticomunismo cerril, que tanto daño le ha hecho a países como Guatemala.

El sueño de la patria

El golpe militar de Enrique Peralta Azurdía (1963-1966), justificado en la lucha contra el comunismo, apoyado por Estados Unidos, como lo hizo con otros golpes de Estado a lo largo del continente, echó por la borda el evento electoral que pudo haberle evitado a Guatemala los años de sangre que vivió después. Arévalo, quien en las cartas le reprocha a Árbenz la derrota del 54, volvió a vivir la misma trágica y frustrante historia de una década atrás, sucumbió frente a los mismos adversarios, una oligarquía recalcitrante, un ejército hecho a su medida y los intereses imperiales de Estados Unidos.

Arévalo nunca fue un comunista, pero sí un político nacionalista, admirador del presidente mexicano Lázaro Cárdenas (1934-1940). Se vanagloriaba de haber sido el único presidente latinoamericano que había declarado “no grato” a un embajador estadounidense. Su oposición al imperialismo, a la intervención del 54, emerge en las cartas. La *Fabula del tiburón y las sardinas*, escrita por estos años, fue considerada un “violento ataque” a Estados Unidos, cuya ocupación de Puerto Rico Arévalo siempre criticó. Pero seguía siendo un socialdemócrata. Admiró el movimiento revolucionario cubano: “el ejemplo maravilloso de Castro”. Cuando consideró que iba contra sus concepciones políticas se distanció. De todos modos se le siguió temiendo. A finales de 1959 afirmó que si regresaba a Guatemala sería recibido como Napoleón en París al retorno de la Isla Elba. Tenía un ego del tamaño de la luna, pero era cierto.

Mucho presidente, aún para un país como Estados Unidos, se decía entonces. Arévalo calculaba obtener el 75% de los votos en las elecciones del 63, tal vez se hubiera acercado al 85% que obtuvo en el 44. Los logros de su presidencia estaban frescos y seguía fiel a los viejos ideales: rescatar al Estado en función del desarrollo, desvincular a la iglesia de la política, impulsar reformas socioeconómicas, a lo que la oligarquía guatemalteca, la más oscura del continente, le temía como a la peste.

En 1962 Ydígoras había amenazado con un impuesto sobre la renta. Su derrocamiento el año siguiente por el golpe de Peralta Azurdía fue celebrado por el arzobispo Mariano Rossell y

Arellano con una solemne misa en la catedral metropolitana, atestada de ricachones y coroneles, a los que Cardoza le atribuye males y desgracias del país.

Cardoza tenía fama de poeta rebelde, cierto o no, en estas cartas se radicaliza, mientras Arévalo se afirma como socialdemócrata, lo que termina distanciándolos. Arévalo es después homenajeado en Guatemala. Cardoza gozará de renombre, “el gran poeta de nuestras Américas”, como lo llama García Márquez en el discurso del Premio Nobel. Estos años, como sucede con el país, oscurecerían de todos modos sus vidas.

Cardoza termina sus días en el exilio, casi ciego, apegado a la obra hasta el último minuto, como Bernal Díaz del Castillo, su coterráneo antigüeño, con quien compartió la buena literatura, el espíritu rebelde. Muere sin reconciliarse con el régimen que había combatido desde siempre, dolido por la quiebra de los sueños de una patria mejor, como tantos otros intelectuales y escritores que le dan su apoyo a los gobiernos de la Revolución de Octubre. La correspondencia registra sus nombres: Augusto Monterroso, Miguel Ángel Asturias, Carlos Illescas, Raúl Leiva, entre otros. Algunos de ellos, como Alaide Foppa en 1980 o Humberto González Juárez, quien retornaría a Guatemala para organizarle a Arévalo la fallida campaña electoral del 63, son después asesinados por los regímenes militares.

A Arévalo no le fue mejor. En medio de los reconocimientos que recibirá bajo los gobiernos militares, la suerte de su país le habrá desgarrado el alma como a Cardoza. Su mundo eran las elecciones, el orden partidista que la Revolución de Octubre no había tenido el tiempo de construir, que él intentó retomar en 1963. En ese mundo ilusorio de partidos e instituciones democráticas, con el oscuro trasfondo de las bayonetas, de las terribles masacres indígenas, que todavía le tocó vivir, terminaría sus días Arévalo.

Arévalo es aceptado cada vez más por los poderosos, apartándolo, eso sí, de su legado revolucionario, de Árbenz, quien continua satanizado por su reforma agraria, el intento de revertir la historia de despojo, explotación y miseria que se implanta en Guatemala con la conquista española. Justicia social y modernización económica era el sueño de la Revolución de Octubre. También el de Arévalo. Esto, recurriendo a seudo historiadores, a plumas panfletarias, se trata de

borrar de la memoria patria. Esta vivo en “los trabajadores, los campesinos, los indígenas”, los verdaderos representantes de Guatemala, como le escribe a Cardoza en una de las cartas.

Las cartas informan sobre los hechos políticos, sociales y culturales de la época. El tema central es el país por el que luchan sus signatarios, un país que más de una vez los llena de desesperanza: “Qué situación para dos o tres de nosotros: con la derecha o la barbarie, no podemos estar en nuestra patria y otras veces, con la izquierda, tampoco, por sectarismo, atraso y cretinismo del medio. ¿Y cómo el medio puede ser de otra manera? Empezábamos a transformarlo.” Ese medio oscuro, que aleja a Cardoza de Guatemala, no cambiaría. Tampoco Cardoza. La fama de poeta radical lo siguió acompañando. Ya un octogenario, por las simpatías con la guerrilla, el ejército guatemalteco lo llamará el “patriarca de los asesinos”. Así firma, socarronamente, un libro que le dedica a Arévalo en 1985. Los aforismos, las frases lapidarias, abundan en las cartas, lo harían famoso. Octavio Paz, su adversario durante la Guerra fría, lo llama flechero ocasional. Era certero. A los presidentes guatemaltecos los calificó de “nulos, sangrientos y fecales”. Y eso, con la excepción de Árbenz y Arévalo, habían sido y seguirían siendo los mandatarios guatemaltecos. Uno de ellos, el general que aparece en el billete de un quetzal, no hay necesidad de mencionar el nombre, en 1921, celebrando a su modo el centenario de la independencia patria, a cambio del reconocimiento del golpe militar que lo lleva al poder le ofreció el país como protectorado a Estados Unidos. Todos vergonzantes, salvaguarda de las oprobiosas estructuras en que se desangra y vegeta Guatemala desde tiempos coloniales.

La correspondencia se inicia en 1954 y se interrumpe en 1960 con la Revolución Cubana. Se retoma en 1966 y se cierra con cierta cordialidad el año siguiente. Pero las distancias entre el poeta y el político estaban ya marcadas. La primera carta, burlón, recordándole que tres años atrás los militares le cierran el paso a la presidencia, la concluye Cardoza llamando a Arévalo “domador de gorilas”.

Correspondencia del exilio. Luis Cardoza y Aragón y Juan José Arévalo (1950-1967). Introducción, selección y notas de Julio Pinto Soria, Arturo Taracena y Arely Mendoza. Guatemala: Editorial Universitaria USAC, 2011.